

■ **oriente**



Andy Warhol

¿Puede China estar orgullosa de sí misma?

por Mark Aguirre

La crisis mundial ha pasado por China sólo de puntillas: cerrará el año con un crecimiento del PIB superior al 7%. Pero la desigualdad social se sigue ensanchando, y la corrupción se ha convertido en una de las columnas vertebrales del sistema. ¿Hasta cuándo el Partido Comunista se seguirá legitimando en un modelo de crecimiento exportador, devorador de recursos naturales y depredador de salarios, que es incompatible con la armonía social y ecológica que predicán sus dirigentes actuales?

I

El pasado octubre entre treinta y cuarenta mil personas visitaban cada día el mausoleo de Mao Zedong en la plaza de Tiananmen. Había que tener paciencia y aguantar los empujones. La mayoría había viajado a Beijing desde la provincia aprovechando las fiestas nacionales. Muchos de ellos, antes de ver el cuerpo embalsamado del Gran Timonel, compraban flores blancas y las depositaban en un gesto de veneración a los pies de una estatua de mármol también blanco del fundador de la nueva China.

Días antes Hu Jintao, el actual líder chino, había sacado la casaca maoísta del último cajón de su armario y había presidido al norte de la misma plaza, bajo el imponente retrato de Mao Zedong, un poderoso desfile militar con el que la clase política china celebraba el sesenta aniversario de la proclamación de la República Popular. 30 formaciones móviles desfilaron con 50 nuevos tipos de armas fabricadas en China. Enseñaban un músculo cada vez más moderno y sofisticado.

Posiblemente nunca en los últimos 60 años los chinos hayan estado tan orgullosos de su país como lo están hoy. Hace un año habían mostrado al mundo –y a sí mismos– de lo que eran capaces: un astronauta chino había caminado en el espacio, rediseñaron Beijing convirtiéndola en una ciudad cosmopolita y organizaron unos juegos olímpicos de primera clase. Este año la crisis económica tan dolorosa para Estados Unidos y Europa estaba pasando de refilón. Además China estaba gana-

do poder internacional. Más activa en el escenario mundial, empujaba hacia el multilateralismo. Por una nueva moneda mundial. Y por si fuera poco, si la economía sigue creciendo a las tasas actuales, en cinco años desplazará a los Estados Unidos como la economía número uno del mundo en términos de poder de compra. Habrá que esperar 20 años más para hacerlo en términos monetarios, todavía la economía americana es tres veces la de China, pero cada vez está más cerca de lograrlo. El orgullo nacionalista que había empezado a abrirse camino con el éxito económico de la apertura y las reformas y que había sustituido como discurso legitimador del comunismo chino al tazón de arroz maoísta para cada chino, estaba en su apogeo. El Mao social podía estar enterrado definitivamente, pero no ocurría lo mismo con el Mao fundador del nuevo Estado que había dado a China estabilidad, desarrollo y presencia internacional.

Aquellos días de octubre habían puesto banderas rusas y chinas en las farolas de la plaza. Putin estaba visitando China cuando Hillary Clinton visitaba Rusia. Mientras ésta hablaba de democracia en Moscú, Putin premiaba en Beijing la eficacia del modelo chino. Un sistema de partido único, lo que en el argot del comunismo chino se conoce como los cuatro principios cardinales, capaz de mantener el control sobre el país mientras un vigoroso crecimiento económico permite mejorar el nivel económico y social de la mayoría. El Banco Mundial proyectaba un crecimiento de la economía china para el año 2009 del 7,2% y un decrecimiento para la economía rusa para

■ oriente

el mismo año del 7,9%. La receta de la democracia representativa y el capitalismo desbocado como lo más eficaz para el desarrollo perdía fúelle no sólo en Rusia, sino en todo el mundo. China aparecía cómo un modelo. A pesar de los graves disturbios y de los desaparecidos en Xinjiang y Tíbet, los disidentes seguían sin ganar pie entre unos chinos cada vez más nacionalistas. ¿Pero debemos dejarnos impresionar por los éxitos macroeconómicos, los misiles balísticos y las banderas?

II

Una estatua de Mao preside la entrada a la Universidad Agraria de Beijing. Es todo lo que queda de la política igualitaria maoísta en esta universidad pública. La Universidad tiene acuerdos con universidades de los Estados Unidos, entre ellas la Universidad de Colorado, para enseñar a sus estudiantes en inglés bajo los programas americanos. Cuando se gradúan pueden obtener su título en las dos universidades. Las matrículas

rozan los diez mil dólares. Los estudiantes duermen y comen en el campus bajo un sistema que diferencia a los estudiantes pobres de los ricos. Cada estudiante paga lo que consume individualmente. Los ricos se duchan con agua caliente, comen carne y disfrutan de internet en sus dormitorios. Los pobres se duchan con agua fría, comen vegetales y se conectan a la red en la biblioteca. La desigualdad social ha llegado a ser tan lacerante que los estudiantes pobres se sienten humillados entre sus colegas. Uno de los profesores me decía que la solidaridad estudiantil ha desaparecido: “hemos pasado al otro extremo, hemos creado dos categorías sociales de estudiantes, la de ricos y pobres”.

La desigualdad social que empezó con las reformas económicas se sigue ensanchando año tras año, separando a los chinos de las zonas rurales de los de las ciudades, y a los de la costa de los del interior. China es la tercera economía del mundo pero la segunda en billonarios, 130, aquellos humanos que poseen más de 1.000 millones de dólares. Sólo los Estados Uni-



Fotografías de Mark Aguirre

dos, con 359, la supera. Estos millonarios son los hijos de la política de Deng Xiaoping que pretendía hacer rico al 1% de la población. Los reformistas chinos pensaban que necesitaban eso para hacer el sistema económico eficaz después de los fracasos del Gran Salto adelante y la Revolución Cultural. Estos millonarios están ligados a los “comunistas” a través de la corrupción. Les evita hacer caso a las leyes socialistas que protegen el medio ambiente y los derechos de consumidores y trabajadores, aumentando así sus ganancias. Los sobornos y regalos lujosos que compran al poder es el pegamento que une a los nuevos capitalistas y al Partido. China es el mercado mundial más dinámico en bienes de lujo. Los trajes Ermenegildo Zegna, las plumas Montblanc, las carteras Louis Vuitton son el lubricante que hace funcionar el sistema. Huang Guangyu, el segundo hombre más rico de China según la revista Forbes, fue detenido en octubre del 2008 acusado de corrupción. Otros le siguieron. Entre ellos Rixin Kang, cabeza de la Agencia de Electricidad Atómica, Chen Tonghai gerente en la empresa estatal de petróleo SINOPEC y el jefe del aeropuerto de Beijing. El gobierno busca cabezas de turco periódicamente porque sabe que no hay otra cosa más dañina, que deteriora la legitimidad del comunismo para gobernar, que la corrupción. Las encuestas muestran que para el 75% de los chinos éste es el principal problema del país, a pesar de que 150 mil funcionarios son castigados cada año por delitos asociados con la corrupción.

Como una letanía, cada reunión anual del Comité Central del Partido Comunista durante los últimos años ha puesto a la corrupción y a la desigualdad en lo alto de los problemas que afronta China, pero nada pasa. ¿Cómo combatirlos sin cambiar la política económica de crecer al 8% a cualquier costo, tal como le gustaba a Deng Xiaoping? China es ya número uno mundial en producción de acero enrollado, carbón, fertilizantes químicos y computadoras personales. Produce dos tercios de las fotocopiadoras, microondas y zapatos del mundo. El 75% de los juguetes y el 60% de los teléfonos móviles. Pero también es número uno o va camino de serlo en ciudades contaminadas, ríos ennegrecidos, lluvia ácida o emisiones de CO₂. ¿Hasta cuándo el Partido Comunista se seguirá legitimando en un modelo de crecimiento exportador, devorador de recursos naturales y depredador de salarios, que es incompatible con la armonía social y ecológica que predicen sus dirigentes actuales? ¿Qué sentido tiene malgastar los recursos naturales escasos con que cuenta la numerosa población china, seguir con el desastre ecológico, para exportar ropa y calzado? ¿Hasta cuándo la industria de la construcción seguirá explotando miserablemente a los inmigrantes rurales chinos sin papeles urbanos mientras crea una burbuja inmobiliaria?

En Beijing la gente no ha notado la crisis. Sólo los académi-



Los campesinos acuden a las ciudades en busca de un mejor nivel de vida.

cos han hablado de ella en sus reuniones y sus ensayos. Sus habitantes no llegaron a sufrir lo que sufrieron los trabajadores de los cantones industriales del sur cuando las exportaciones se hundieron, las fabricas cerraron, las disputas laborales se dispararon y los sin empleo –uno de cada siete obreros inmigrantes se quedó sin trabajo– tuvieron que regresar a refugiarse a sus pueblos de campesinos. El gobierno reaccionó rápido –las reformas chinas nunca privaron al Estado de intervenir cuando los mercados no funcionan– inyectando a la economía 585 mil millones de dólares y permitiendo a los bancos –el gobierno controla firmemente el sector financiero evitando la especulación– prestar dinero hasta 1.270 millones de dólares. Las ventas de automóviles aumentaron un 82% y los precios de los apartamentos se dispararon. El paquete está permitiendo crecer a la economía china a tasas de “estabilidad social”, manteniendo el desempleo a raya construyendo autopistas, líneas férreas, puertos, obras hidráulicas y centrales eléctricas. Pero

■ oriente

la idea de que se trata de una salida eventual a la crisis permanece. El propio Comité Central del Partido Comunista –quien todavía tiene los pies en el suelo– en un comunicado tras su reunión de septiembre reconoce que “La economía china se está recobrando de la caída global, pero la base de la recuperación no es estable, no es sólida y no está equilibrada, y hay todavía mucha incertidumbre en China e internacionalmente”.

Como posiblemente le está ocurriendo a otras economías, la “recuperación” descansa en el dinero inyectado por los gobiernos. Sin cambios estructurales es muy improbable que el crecimiento se sostenga. Economistas chinos advierten que la economía china sigue siendo vulnerable a lo que pasa en Estados Unidos y Europa al depender tanto de las exportaciones. El crecimiento sólo puede sostenerse, dicen, si se expande el consumo interno, si los trabajadores y campesinos aumentan sus ingresos y se revierte la tendencia a que los ricos sean cada vez más ricos. ¿Pero cómo aumentarán los salarios de los trabajadores y los ingresos de los campesinos si éstos tienen limitados sus derechos y no se cumplen las leyes? ¿Si no se permiten sindicatos y organizaciones campesinas independientes que reivindiquen sus demandas, que tengan acceso a los tribunales? ¿Si no se permite el movimiento libre de organizaciones que defiendan la naturaleza y la salud de los seres vivos? Organizaciones cívicas que puedan denunciar sin miedo, no sólo en internet, el robo y saqueo de las arcas públicas por comunistas corruptos.

III

El 1 de octubre unos miles de personas presenciaron en Tiananmen el desfile que conmemoró la proclamación de la República Popular, mientras cientos de millones tuvieron que contentarse con verlo en la televisión. Los dirigentes chinos descartaron una celebración política popular. La política en China sigue siendo un asunto de una reducida elite.

Los reformistas chinos liberalizaron la economía hasta el punto que treinta y un años después de empezar la política de apertura y reforma, la bolsa, el mercado de viviendas y propiedades y los negocios privados, estos signos del capitalismo, dominan la economía china. Pero nunca se atrevieron a hacerlo mismo con la política, que sigue siendo el monopolio de unos cientos de personas, herederos de quienes habían adquirido la legitimidad de gobernar por el mandato popular dado por la revolución comunista. ¿Pero qué garantía hay de que 60 años después estas nuevas generaciones de comunistas que sólo saben de la revolución por otros sigan fieles a los objetivos igualitarios de la misma?

Hu Jintao, el actual líder, formado en los primeros años de

gobierno comunista, cuando todavía los objetivos socialistas eran fuertes, ha ido introduciendo en el gobierno una agenda social que su antecesor ignoró y censuró. Jiang Zemin estaba deslumbrado por las grandes empresas multinacionales. Recibía a sus managers como si fueran jefes de estado, mientras no hacía nada por evitar que el sector social de la economía se desintegrara. El Banco Mundial, esta agencia neoliberal, llegó a aconsejar a China que gastara más en salud pública y educación. El actual liderazgo, más sensible a las causas sociales que el anterior, ha empezado a hablar de armonía social y a reintroducir políticas sociales. Hu Jintao habla de un desarrollo científico en donde la productividad económica se mida en términos de entregar bienes y servicios a la gente ordinaria. Wen Jiabao, el primer ministro, ha anunciado que el Consejo de Estado (el gobierno) quiere gastar 123 mil millones de dólares en 2011 para dar cobertura de salud a los 1.300 millones de habitantes. La mayoría de los chinos se quedaron sin seguro médico con el desmantelamiento del sistema económico maoísta, que vinculaba a cada chino a una unidad productiva responsable de su bienestar social, a las comunas en las zonas rurales y a las fábricas en las ciudades. El gobierno está también dando subsidios a los desempleados, incentivos de consumo a los jubilados y reduciendo los impuestos rurales a los campesinos. Mongolia interior ya no tiene que enviar impuestos campesinos al centro. El sector rural pagará al gobierno central por actividades económicas no campesinas. De implementarse en toda China, será la primera vez en 5 mil años de civilización que el centro no cobrará impuestos a los campesinos. En otoño del 2008 se promulgó una nueva ley que permite a éstos negociar con su derecho a la tierra. Además de mejorar el rendimiento económico, uno de sus objetivos es sustraer a las autoridades locales el derecho a despojar de su tierra a las familias campesinas a cambio de nada.

China es la tercera economía del mundo pero la segunda en billonarios.

Hu Jintao recibió el manto del poder de Deng Xiaoping. El último líder chino en el poder que participó en la Revolución. Viniendo su mandato del cielo, ninguno de sus camaradas del Comité Ejecutivo del Buró Político está en condiciones de desafiarlo –el “grupo de viejos”, aquellos que participaron en la revolución y que se arrogaban tal derecho hasta el punto de destronar a Zhao Ziyang y mandar los tanques contra los estudiantes en Tiananmen en 1989, ha desaparecido por el virus biológico de la edad. Sólo su propio fracaso o buscar continuar



en el poder una vez acabado su turno puede destronarlo. El próximo líder no tendrá patrón celestial que lo invista de poder. Hu Jintao ha sido el último. El mandato tendrá que venir de la tierra. Por algo el último Comité Central discutió “la carencia de democracia dentro del Partido” mientras dio la “sorpresa” de no elegir cómo se esperaba a Xi Jinping, de 56 años, como Presidente de la Comisión Central Militar. Era lo que necesitaba Xi, un hijo de un antiguo miembro del Buró Político, para dar un paso decisivo en su carrera para ser el futuro líder de China. Ante la falta de consenso, el Comité Central decidió acudir a una futura votación para elegir al secretario del Partido Comunista que debe ser proclamado en el congreso del 2012. Algo que no había ocurrido desde la proclamación de la República Popular y que los expertos ven como un paso en la democratización de China.

En el interior del Partido Comunista se han ido formando dos fracciones.

En el interior del Partido Comunista se han ido formando dos fracciones. Ninguna de las dos cuestiona el rumbo tomado de liberalización económica y gobierno comunista legiti-

mado en el nacionalismo y el desarrollo. Una, encabezada por Xi Jinping, actual vicepresidente, miembro del Comité Ejecutivo del Buró Político desde el 2007, que ingresó en el Partido en 1974, cuando la Revolución Cultural se apagaba, y la otra por Li Keqiang, de 54 años, otro guardia rojo de quien se ha dicho que sustituirá a Wen Jiabao como jefe de gobierno.

Xi, un protegido de Jiang Zemin, ha sido descrito como pro sector privado, elitista y partidario de la inversión extranjera y la globalización, aceptaría más poder de China en el FMI y el Banco Mundial sin cuestionarlos, mientras Li Keqiang, vicepresidente, ha sido catalogado de populista, más involucrado con la base del Partido y más cercano a los grupos sociales que han perdido con las reformas, los campesinos, los emigrantes y los desempleados. Partidario de una fuerte intervención estatal para rediseñar el modelo de crecimiento orientándolo al mercado interno puede verse favorecido por la crisis del neoliberalismo. Pujaría con más fuerza por una nueva moneda mundial que sustituyera al dólar. Dicen que es el preferido de Hu Jintao. Pero éste, cómo le ocurre a Jiang Zemin, no tiene la fuerza necesaria para imponerlo. Será el Comité Central quien decida. ¿Pero sabrá elegir correctamente ese pequeño grupo de alrededor de mil personas que configuran el Comité Central, al futuro líder de China? ■